

# LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS  
DE BARCELONA

---



## ENCÍCLICA DE SU SANTIDAD SOBRE EL SANTÍSIMO ROSARIO

(CONCLUSIÓN)

Pero se preocupa el cristiano de tal manera en los cuidados de la vida, y tan fácilmente se distrae en cosas de poca monta, que si á menudo no se le advierte y amonesta, olvida poco á poco las cosas más importantes y necesarias, y llega de este modo á languidecer y hasta extinguirse su fe.

Para preservar á sus hijos de ese gran peligro de ignorancia, no omite la Iglesia ninguno de los medios que le sugieren su vi-

gilancia y su solicitud, y el Rosario en honor á María no es el último de los que emplea con objeto de acudir en auxilio de la fe. El Rosario, en efecto, bellísima, fructuosa y reglamentada plegaria, ayuda á contemplar y venerar sucesivamente los principales misterios de nuestra Religión; aquellos, en primer lugar, por los cuales el *Verbo se hizo carne*, y María madre y siempre virgen, acepta con santo gozo esta maternidad; luego las amargas, los tormentos, el suplicio de Cristo paciente que conquistaron la redención de nuestra raza; después los misterios gloriosos, su triunfo de la muerte, su ascensión á los cielos, la venida del Espíritu Santo y el esplendoroso triunfo de María, colocada sobre todos los astros; la gloria, en fin, de todos Santos asociados á la gloria de la Madre y del Hijo.

La serie ordenada de todas estas maravillas se presenta asidua y frecuentemente ante el alma de los fieles, y se desenvuelve en cierto modo ante sus ojos. Por eso el Rosario inunda el alma de los que le recitan devotamente, de una dulzura piadosa, siempre nueva, produciéndoles la misma impresión y emoción como si estuvieran escuchando la propia voz de su misericordiosísima Madre, explicándoles estos misterios y dirigiéndoles saludables exhortaciones. Por lo mismo se puede afirmar que no hay temor de que la ignorancia ó los envenenados errores destruyan la fe en las personas, en las familias ó entre los pueblos en que se conserva hoy, como en otro tiempo, la práctica del Rosario.

Otra utilidad no menos grande para sus hijos espera la Iglesia del Rosario; la de que conformen mejor su vida y sus costumbres á la regla y á los preceptos de la santa fe. En efecto, si según aquellas divinas palabras por todos conocidas: *la fe sin las obras es una fe muerta* (1), porque la fe se alimenta de la caridad y la caridad se manifiesta en la cosecha de acciones santas, el cristiano no sacará provecho alguno, para la eternidad, de su fe si conforme con ella no arregla su vida; *¿de qué le sirve á alguien, hermanos míos, el decir que tiene fe si no tiene obras? ¿Acaso la fe le podrá salvar?* (2)

Esta clase de hombres se encontrará en el día del Juicio con reproche mucho más severo de parte de Cristo, que los que han tenido la desgracia de ignorar la fe y la moral cristiana; porque éstos no cometen la falta de aquellos que creen de una manera y viven de otra, sino que por estar privados de la luz del Evangelio tienen cierta excusa, ó al menos, es su falta ciertamente menos grande.

Para que la fe que profesamos produzca la cosecha venturosa de frutos que conviene, puede admirablemente ser útil la con-

(1) Jac, II, 20.

(2) Ib., 14.

templación de los misterios para inflamar las almas en busca de la virtud. ¡Qué ejemplo más sublime y brillante nos ofrece en todos sus puntos la saludable obra de Nuestro Señor Jesucristo!

Dios Todopoderoso, arrastrado por el exceso de amor para con nosotros, se reduce á la infima condición de hombre, habita y conversa fraternalmente en medio de nosotros, y ruega y enseña toda justicia á los particulares y á las turbas; maestro eminente por la palabra, Dios por la autoridad. Se da todo entero por el bien de todos; cura á los que sufren enfermedades corporales, y su paternal misericordia lleva el consuelo á los enfermos más graves del alma: los que sufren penas, fatigas é inquietudes, son los primeros á quienes dirige el más conmovedor llamamiento: «*Venid á mí todos los que andais agobiados con cargos y trabajos, que yo os aliviaré.*» (1).

Cuando nos arrojamus en sus brazos, El mismo nos infunde aquel fuego misterioso que llevó entre los hombres, y nos penetra de aquella dulzura de alma y de aquella humildad, por las cuales desea que seamos partícipes de la verdadera y sólida paz de que es autor: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallareis el reposo para vuestras almas* (2).

Y sin embargo, en pago de esta luz de celeste sabiduría y de la inmensa abundancia de beneficios de que colmó á los hombres, sufrió el odio y los más indignos ultrajes de parte de los mismos, y clavado en la Cruz derramó su sangre y su vida sin tener deseo más vehemente que el de hacerles nacer á la vida por medio de su muerte.

No es posible considerar atentamente tales testimonios del amor inmenso que nos demostró nuestro Redentor, sin que se inflame la voluntad reconocida.

Y tan grande debe ser la fuerza de la fe experimentada y probada, que arrastrará al hombre de espíritu iluminado y corazón conmovido, sobre los pasos de Cristo, á través de todos los obstáculos, hasta poder repetir aquella protesta digna del Apóstol Pablo: *¿Quién, pues, podrá separarnos del amor á Cristo? ¿Será la tribulación, ó la angustia, ó el hambre, ó la desnudez, ó el riesgo, ó la persecución, ó el cuchillo?...* (3).

*No soy yo quien vive, es Jesucristo quien vive en mí* (4).

Pero para que ante tan sublimes ejemplos dados por Cristo, Dios y hombre á la vez, no desmaye la conciencia de nuestra debilidad nativa, se presentan á nuestros ojos y á nuestra meditación, al lado de estos misterios los de su Santísima Madre.

(1) Matth., XI, 28.

(2) Ib., 29.

(3) Rom., VIII, 35.

(4) Gal., II, 20.

Procede ella, es verdad, de la familia real de David, pero no la queda ya nada de las riquezas ó de la grandeza de sus antepasados: lleva una vida oscura en un pueblo humilde y en una casa más humilde todavía, tanto más contenta de su oscuridad y de su pobreza, cuanto que más libremente puede elevar su espíritu á Dios y aproximarse á ese bien supremo y amado sobre todas las cosas.

Y el Señor está con ella, colmándola con los consuelos de su gracia; recibe un mensajero celestial que la designa, por virtud del Espíritu Santo, para dar nacimiento al Salvador esperado por las naciones. Cuanto más admira la sublime elevación de su dignidad y da gracias á la bondad de Dios potente y misericordioso, más se oculta en su humildad, sin atribuirse virtud alguna, apresurándose á declararse esclava del Señor cuando se convierte en su madre.

Lo que promete santamente lo cumple con santo ardor, y su vida se desenvuelve desde entonces en íntima comunión, para el gozo y para las lágrimas, con la de su hijo Jesús.

De este modo alcanzará tan alta gloria, que nadie, ni hombre ni ángel, podrá lograr, porque nadie podrá comparársele por el mérito y por la virtud; así se le reservará la corona del reino de arriba y del reino de la tierra, porque será la invencible reina de los mártires, y así se sentará eternamente en la celeste ciudad de Dios, coronada su cabeza, al lado de su Hijo, porque constantemente, durante toda su vida, y más constantemente todavía sobre el Calvario, bebió con él el cáliz de la amargura.

He aquí, pues, que en su prudencia y su bondad Dios nos ha dado en María el modelo de todas las virtudes más á nuestro alcance. Al considerarla y contemplarla, nuestras almas no se sienten como agobiadas por el esplendor de la divinidad, sino al contrario, atraídos por el parentesco de una naturaleza común, trabajamos con más confianza en imitarlo. Si nos entregamos enteramente á esta obra, sobre todo con su protección, nos será ciertamente posible reproducir en nosotros mismos ciertos rasgos de tan grandísima virtud y de una tan perfecta santidad, é imitando la admirable conformidad de su vida con la voluntad de Dios, se nos concederá acompañarla en el cielo.

Prosigamos firme y valientemente, por penosa y preñada de dificultades que se nos presente, nuestra terrestre peregrinación, y en medio de los trabajos y las pruebas, no dejemos de dirigir á María nuestras manos suplicantes, diciendo con la Iglesia: *Por vos suspiramos, gimiendo y llorando en este valle de lágrimas... Volved vuestros ojos misericordiosos. Dadnos una vida pura, abridnos camino seguro para que, contemplando á Jesús, nos regocijemos con vos eternamente.*

Y María, que sin haberlo experimentado personalmente, sabe cuán flaca y viciosa es nuestra naturaleza, y que es la mejor y la

más amante de las madres, ¡con qué presteza y generosidad vendrá en nuestro auxilio! ¡Con qué ternura nos consolará! ¡Con qué fuerza nos sostendrá! Marchando por el camino que han consagrado la sangre divina de Cristo y las lágrimas de María, tenemos la certidumbre de llegar sin dificultades á la participación de su bienaventurada gloria.

El Rosario en honor de la Virgen María, en el que tan bien y tan útilmente se encuentran reunidos una excelente forma de plegaria, un medio eficaz de conservar la fe, y un modelo insigne de perfecta virtud, es, por lo tanto, digno bajo todos conceptos de estar con frecuencia en las manos de los verdaderos cristianos, y de ser piadosamente recitado y meditado.

Dirigimos especialmente estas exhortaciones á la *Cofradía de la Santa Familia*, que Nós habemos recientemente aprobado y recomendado. Puesto que la razón de ser de esta Cofradía es el misterio de la vida, largo tiempo silenciosa y oculta, de Nuestro Señor Jesucristo, entre los muros de la casa de Nazareth, para obtener que las familias cristianas se apliquen á imitar el ejemplo de aquella santísima Familia, divinamente instituida, son evidentes los particulares lazos que la unen al Rosario, especialmente en lo que concierne á los misterios gozosos que se realizaron cuando Jesús, después de haber demostrado su sabiduría en el templo, vino con María y José á Nazareth, donde les vivía sumiso, preparando los otros misterios que debían contribuir mejor á instruir á los hombres y á rescatarlos. Que todos los socios se apliquen pues, cada uno según la medida de sus fuerzas, á cultivar y á propagar la devoción del Rosario.

Por lo que á Nos concierne, confirmamos las concesiones de indulgencias que habemos hecho en los años precedentes en favor de los que cumplan durante el mes de Octubre lo que al efecto está prescrito. Mucho esperamos, Venerables Hermanos, de vuestra autoridad y de vuestro celo, para que se recite el Rosario con ardiente piedad en honor de la Virgen, socorro de los cristianos.

Pero queremos que termine la presente exhortación como ha principiado: con el testimonio, con más insistencia renovado, de Nuestro agradecimiento y de Nuestra confianza para con la gloriosa Madre de Dios. Pedimos al pueblo cristiano que ofrezca en sus altares su oración suplicante, ya por la Iglesia, agitada por tantos combates y tempestades, como también por Nos mismo, que entrado en años, fatigado por los trabajos, luchando con las dificultades más graves, desprovisto de todo humano socorro, dirigimos el gobierno de la Iglesia.

De día en día aumenta, y Nos es más dulce la esperanza en Nuestra poderosa y tierna Madre, y si atribuimos á su intercesión numerosos y señalados beneficios recibidos de Dios, le agradecemos un particular reconocimiento: el favor de alcanzar bien pronto el 50.º aniversario de Nuestra ordenación episcopal.

Gran beneficio parecerá éste á quien considere tan prolongada duración del ministerio pastoral, pudiendo sobre todo ejercerlo todavía, con diaria solicitud, en la conducción de todo el pueblo cristiano.

Durante todo ese espacio de tiempo, en nuestra vida, como en la de todo hombre, como en los misterios de Cristo y de su Madre, no Nos han faltado motivos de alegría ni Nos han escaseado graves causas de dolor, así como también hemos tenido motivos para glorificar á Jesucristo. Todas estas cosas las hemos aplicado, con sumisión y reconocimiento hacia Dios, á hacerlas servir para el bien y el honor de la Iglesia.

En lo porvenir, porque el resto de Nuestra vida no será semejante si vienen nuevos gozos ó nuevos dolores, si brillan algunos rayos de gloria, perseverando en los mismos sentimientos y no pidiendo á Dios más que la gloria celeste, diremos con David: *Que el nombre del Señor sea bendito, que la gloria no sea para nosotros, Señor, que no sea nunca para nosotros sino para vuestro nombre.*

Esperamos de Nuestros hijos, que vemos animados de tan grande afecto para con Nos, menos felicitaciones y alabanzas que acciones de gracias, plegarias y oraciones ofrecidas al bondadosísimo Dios; plenamente felices si obtienen para Nos que cuanto Nos reste de vida y de fuerza, cuanta autoridad y gracia poseamos, sirva únicamente para el bien de la Iglesia, y ante todo para atraer y reconciliar á los enemigos y descarriados que hacemos mucho tiempo está llamando Nuestra voz.

Que la fiesta próxima, que si Dios lo permite Nos causará alegría, derrame sobre Nuestros hijos bien amados la justicia, la paz, la prosperidad, la santidad, y la abundancia de todos los bienes: he aquí lo que pide á Dios Nuestro paternal corazón y lo que expresamos con las palabras divinas:

«Escuchadme vosotros que sois prosapia de Dios, y brotad como rosales plantados junto á las corrientes de las aguas; esparcid suaves olores como en el Líbano el árbol del incienso; floreced como azucenas; despedid fragancia y echad graciosas ramas, y entonad cánticos de alabanza y bendecid al Señor en sus obras, y con todo el corazón y á boca llena alabad todos á una y bendecid el nombre del Señor.»

Si estas resoluciones y estos votos encuentran la oposición de los malvados que *blasfeman de todo cuanto ignoran*, dignese Dios perdonarles; que por intercesión de la Reina del Santísimo Rosario, Nos sea Dios propicio, y como augurio de tal favor y en prenda de Nuestra benevolencia, recibid, Venerables Hermanos, la bendición apostólica que os concedemos afectuosamente en el Señor á vosotros, á vuestro Clero y á vuestro pueblo.

Dado en San Pedro de Roma el 7 de Septiembre de 1892 el año 15 de nuestro Pontificado.

LEÓN XIII, PAPA.»

## SECCIÓN OFICIAL

Inauguróse el presente curso de 1892-93, celebrando esta Academia sesión privada el día 9 de los corrientes, á las 10 de la mañana, bajo la presidencia del Dr. D. Narciso Pla y Deniel, quien puso en conocimiento de la Academia que la Junta Directiva había aprobado la propuesta para socios supernumerarios de los Sres. D. Luís G. Sanz, don Luís Pidal, D. Francisco Pereda Vives, D. José M.<sup>a</sup> Bellvé, D. Florentino Serrallonga, D. Carlos Barri y D. José Ballbé; anunció la provisión de cinco plazas de Académicos de Número, á cuyo fin recordó que las propuestas para llenarlas debían presentarse dentro el plazo de 8 días.

Inmediatamente y de conformidad con lo que prescribe el artículo 75 del Reglamento, procedióse á la esplanación y discusión del tema científico, siendo el de la presente sesión «el ideal de las clases proletarias,» que desarrolló el Académico de Número D. J. Martí y Bech.

Empezó manifestando que la situación miserable de la clase proletaria, ha conducido á ésta á acoger con benevolencia y cariño las ideas utópicas de algunos reformadores que prometen la nivelación de las clases sociales. Añadió que las ideas anárquicas y disolventes acogidas por gran parte de la clase obrera, eran efecto y no causa del malestar social; que el verdadero ideal de la clase obrera ha sido siempre el de proporcionarse un trabajo honesto y honrado que le permitiera, mediante una justa y debida remuneración, subvenir á la satisfacción de sus necesidades; que al perseguir este ideal y no poder lograrlo, y viéndose con frecuencia sumida en la más espantosa miseria, ha sido causa de que acogiera como verdades las utopias y delirios de los que prometieron sacarla de su situación angustiosa, no habiendo éstos logrado su objeto por prescindir en su propaganda de los principios de caridad evangélica que antes perdieron las clases directoras.

No habiendo nadie pedido la palabra para contestar al Sr. Martí Bech, manifestó el Sr. Presidente que se permitiría hacerle algunas observaciones relativas á los conceptos vertidos en la brillante disertación que acababa de pronunciar; pasando entonces á ocupar la presidencia el R. P. Director.

Manifestó el Sr. Pla que aunque en el fondo se hallaba de completo acuerdo con las conclusiones del Sr. Martí y Bech, no podía estarlo con una idea vertida con insistencia en el curso de la peroración, al señalar, como causa principal de las ideas anárquicas, aparentemente por algunas sostenidas, el malestar material de las clases obreras. Que este malestar material podía á lo más ser causa ocasional del incremento que habían tomado aquellas doctrinas, las cuales forzosamente presuponen la carencia de prácticas religiosas y principios morales, verdadera causa eficiente de las mismas. Apoyó su afirmación con lo que la historia y la experiencia de nuestros días enseña.

Rectificó el Sr. Martí y Bech expresando que al afirmar que el malestar material era la principal causa de la aceptación de las doctrinas subversivas, suponía haber precedido á las mismas el abandono de las prácticas religiosas, coincidiendo así su pensamiento con el de su preopinante.

Pidió la palabra el Sr. Baró, quien después de observar que, á su

juicio, el malestar de las clases proletarias ni proviene sólo de causas materiales ni tampoco de sólo causas morales, sino de unas y otras á la vez, se extendió en algunas consideraciones para demostrar la antigüedad del socialismo, que él halló en los principales movimientos históricos que han perturbado el orden social. Contestóle el Sr. Pla, observando la falta de congruencia entre lo manifestado por el Sr. Baró y el tema de la discusión.

Después de rectificar brevemente los Sres. Pla, Martí y Baró, el R. P. Director hizo un hermoso resumen del debate, poniendo fin á la sesión, con las preces de costumbre, á las doce menos cuarto.

El Vice-Secretario,  
SANTIAGO COMAS.

*Barcelona 10 de Octubre de 1892.*

Por acuerdo de la Junta Directiva, se pone en conocimiento de los señores Académicos que el día 23 del presente Octubre, á las 5 de la tarde, la Academia celebrará sesión pública inaugural. Los señores Académicos pueden recoger en esta Secretaría las invitaciones que necesiten, desde el día 18 en adelante.

El Secretario,  
JOSÉ M.<sup>a</sup> DE OLALDE.

*Barcelona 11 de Octubre de 1892.*

---

## REVISTA DE LA QUINCENA

---

Cumplióronse el miércoles próximo pasado cuatro siglos desde el descubrimiento del Nuevo Mundo por el inclito Cristóbal Colón. Heroica fué la empresa del ilustre Genovés y de resultados trascendentales en el desenvolvimiento de la civilización cristiana; pero también ese acontecimiento ha sido, y es aún celebrado, por los pueblos del Viejo y del Nuevo Mundo, con una esplendidez, con un entusiasmo y con una universalidad, que no tienen iguales en la historia de las grandes manifestaciones de la humanidad. La Iglesia y los Estados, los Gobiernos y los pueblos, las Monarquías y las Repúblicas, las entidades sociales y los particulares, los institutos armados y las corporaciones civiles, las Academias. Los Liceos, los Casinos, la ciencia, las artes, la industria, la navegación, el comercio, la prensa, los oradores, los poetas, los políticos, los cuerpos docentes y los escolares, todas las fuerzas vivas de la sociedad cristiana, se han agitado en estos días, al recordar que en 12 de octubre de 1492, Cristóbal Colón, acaudillando á unos cuantos denodados españoles, tomó tierra, después de 70 días de navegación, en el mundo que

había adivinado más allá de los mares occidentales. Si nadie llevó á feliz remate empresa tan atrevida y de tanta importancia, tampoco ha existido hombre alguno que haya sido tan sincero y universalmente festejado, y en honor del cual se haya celebrado una apoteosis tan ruidosa y tan brillante. Por agigantada y gloriosa que aparezca la figura de Colón en el campo vastísimo de la Historia moderna, preciso es reconocer que el homenaje que el mundo civilizado le está tributando, no queda por debajo de sus hazañosas acciones y relevantes merecimientos.

Es indudable que aún sin el genio y el temple heroico de Cristóbal Colón, la Europa hubiera, tiempos andando, descubierto el Continente americano, puesto que determinada con certidumbre la redondez de la tierra y perfeccionados los medios de navegación, se hubiera intentado la exploración de los mares occidentales, si no en busca de nuevas tierras, al menos en busca de nuevo camino para el Oriente asiático. Pero acaso el descubrimiento del Nuevo Mundo se hubiera retardado algunos siglos. ¡Y cuál otra sería á la hora presente la civilización cristiana! Porque no sólo las Américas hubieran permanecido algunos siglos más en su infidelidad y en la barbarie, sino que la vieja Europa hubiera carecido de los tesoros materiales é industriales que le ha facilitado América, que tan eficazmente han contribuido al desenvolvimiento de la civilización europea. La emigración á las Américas determinó una corriente de cultura y de espiritualismo creyente procedente de Europa, que modificó sustancialmente el existir de las poblaciones americanas; pero á su vez la Europa experimentó la influencia de los caudales, de las ideas, de las costumbres, de las industrias que los emigrados la importaban desde las playas americanas. La Europa, antes de Colón, ó vivía concentrada en sí misma, ó se movía hacia el Oriente; después de Colón, dirigió sus principales energías hacia el Occidente. América se enriquecía en creencias, en ideas, en sentimientos, en costumbres, en instituciones y se aproximaba á la civilización europea; la Europea perfeccionaba sus industrias, su navegación, su agricultura, sus ciencias, sus artes, y se enriquecía con el concurso de América. Mucho debe América á Europa; mucho debe Europa á América; y aunque es cierto que la civilización europea ha predominado hasta hoy en América, lo es también que la civilización americana empieza ya á dejar sentir su influjo sobre la Europa. Y habida cuenta de la comunicación activa que entre Europa y América establecen los viajes, el comercio, los periódicos, el telégrafo, se está elaborando una nueva civilización europeo-americana, producto de la asimilación de los elementos americanos por la Europa y de los elementos europeos por la América, y á la cual contribuyen con igual eficacia el viejo y el moderno Continente. Y esa nueva civilización es la que hoy celebra la apoteosis del insigne Navegante que anticipó, tal vez en

algunos siglos, su génesis, su desarrollo y su armónico desenvolvimiento, reconociendo que, excepción hecha de Jesucristo, á quien Europa y América deben sus elementos civilizadores, nadie ha influido tan benéfica y extensamente, como Cristóbal Colón, en la suerte de la humanidad.

\*  
\* \*

Aunque en ningún movimiento histórico de carácter universal ha resplandecido la unidad de pensamiento y de acción que informa las fiestas del Centenario, á cuyo esplendor contribuyen pueblos de distintas razas, de distintas creencias, de distintas instituciones sociales, de diversas aspiraciones políticas, con todo han querido significarse así el elemento católico, como el elemento libre-pensador, haciendo ostensible la parte que tomaban en el grandioso acontecimiento. Que la Iglesia haya querido recabar para sí la gloria principal del Descubrimiento de las Américas, ha parecido á todos la cosa más puesta en razón, porque, sobre ser Colón ferviente católico y serlo también los Monarcas que patrocinaron su empresa, así éstos como el famoso Marino, según consta de documentos irrecusables, se movieron principalmente por el deseo de ensanchar el reino de Jesucristo. Por esto fué tan bien recibida la Encíclica de León XIII, en que logra manifestar que nadie tiene tanto derecho á la glorificación de Colón como el Catolicismo; por esto el día 12 de Octubre se celebraron solemnísimas funciones religiosas en los templos católicos de Europa y de América, para dar gracias á Dios por el Descubrimiento del Continente transatlántico; por esto Cataluña ha iniciado sus festejos, realizando en Montserrat una manifestación católica que dejará imperecedero recuerdo; por esto el Pontificado y los Cabildos catedrales han concurrido al éxito de la Exposición universal de Chicago y de las varias Exposiciones regionales é internacionales que en España se celebran; por esto se agita el proyecto de solicitar á la Santa Sede que declare festivo el día 12 de Octubre, por haber en él pisado Cristóbal Colón por vez primera la tierra americana; por esto se está organizando una gran peregrinación á la Virgen del Pilar de Zaragoza, que sea digno coronamiento de las fiestas del Centenario, y que deberá verificarse, según intenta su iniciador el Dr. D. Andrés Collados, ilustrado y celoso Canónigo de Tudela, el día 2 de Enero próximo, aniversario de la venida de la Virgen Santísima á Zaragoza, y de la conquista de Granada por los Reyes Católicos. La Iglesia católica con las grandiosas solemnidades de su culto, con el concurso prestado á las Exposiciones, con la bendición de los monumentos erigidos en honor del ínclito Genovés, con el apostolado de su palabra siempre eficaz, con su adhesión ma-

terial y moral á cuanto noble y digno se ha intentado para conmemorar el Descubrimiento de las Américas, con sus iniciativas, con su ejemplo, con sus exhortaciones y con su dinero, ha coadyuvado con intensa eficacia al éxito brillante del cuarto Centenario.

Pero ¿qué han hecho los partidarios del libre pensamiento? Han sabido proyectar un Congreso que debe reunirse en Madrid. Sobre el cual cedemos la palabra al *Pensamiento Católico*, que se expresa en los términos siguientes:

« *Las Dominicales*, órgano é iniciador del abominable conciliábulo, nos dice en un artículo bilingüe que la masonería francesa dará algún dinero para los gastos.

Ya era hora; los librepensadores españoles, ó poco generosos, ó muy escamados, no habían respondido; dos mil pesetas y la adhesión con monedas de algunas logias... esto era todo.

Salmerón, Pi, Ruiz Zorrilla, Labra, Giner, Azcárate, Nakens, González Serrano, Moya y otros racionalistas de primera fila, habían sido invitados, y se negaron. Sí, señores, se negaron rotundamente por... ¿por qué dirán ustedes? Pues por no pecar de *cursis*; esto ya lo sabe toda España. Ni siquiera han conseguido enganchar ¡¡á Chamorro!! y hay quien dice que Acuña también se niega.

El comité organizador lo componen: Machado, cuya chifadura es conocida; Solanot, el espiritista más ridículo que se conoce; Odon de Buen, personaje tan estrafalario como todos sabemos; Rispa y Perpiñá, que ni es escritor, ni político ni nada; Matoses (Corzuelo), periodista satírico; Chies y Demófilo, verdaderos autores del crimen; Francos, periodista á ratos; y el hijo de Salmerón. Estos son los más conocidos. Los restantes, dos ingenieros, un impresor, un arquitecto, un concejal, un médico y un propietario, completamente desconocidos y oscuros.

De provincias ni una adhesión importante; infelices y más infelices, de esos que hacen la carne de cañon de las logias, y que llenan la cuarta plana de *Las Dominicales*, de cartas lastimosas y perfectamente *cursis*: Moja y Bolívar, Salvoechea, Curros, Enriquez y otros, tan calladitos.

Las firmas extranjeras son del todo insignificantes y desconocidas en el mundo de la política, de las letras, del arte y en todos los mundos posibles. No han podido conseguir á Flamarión, á Rochefort, á Zola, ni siquiera á Constans, entre los franceses.

De Portugal, Magalhaes Lima y otros dos, á quienes nadie conoce.

De Méjico, Porfirio Díaz y Riva Palacio.

De Italia, Austria, Alemania, Norte América, Inglaterra, Bélgica, nadie, nadie y nadie; y cuidado si hay por esas tierras librepensadores célebres, aunque no sean Laurent, pero siquiera Menotti Garibaldi; pues repito que nadie.

Se saben algunas peripecias de entre bastidores muy sustanciosas, que ya irán saliendo, según esta farsa vaya á su fin; que es sólo un fracaso digno de la rechifa universal, si no fuera una vergüenza y un mal ejemplo que envalentonará á gentes que debieran permanecer siempre en ó á la sombra.»

A no ser por el escándalo que la prensa ha promovido, con ocasión de la muerte impenitente de Ernesto Renan, autor de la *Vida de Jesús*, ni una palabra hubiéramos dicho acerca de ese hombre funesto y de su desconsoladora final impenitencia. Pero se han empeñado algunos periódicos, que quieren pasar plaza de católicos, en que Renan fué un genio poderoso, y precisa dejar bien sentado que esa afirmación es enteramente gratuita, y que los ataques del Autor de la *Vida de Jesús* á la Iglesia cristiana, no procedieron de una convicción adquirida en la meditación y el estudio. Renan no fué un sabio, no fué un filósofo, no fué un teólogo, ni siquiera fué un orientalista; fué únicamente un literato, un estilista, un retórico. Carece por completo de originalidad en el pensamiento, y lo único personal que ha puesto en sus obras es la forma literaria. En la escuela de Tubinga bebió el fondo crítico de su *Vida de Jesús*, en la cual ninguna observación filológica, ninguna especie crítico-histórica ha consignado que antes no hubiera hecho y escrito el famoso Strauss. El Jesús de Renan es el Jesús de Strauss, y si el primero logró una popularidad que no alcanzó el segundo, se debió en primer lugar á la riqueza de imaginación y á la elegancia de estilo que recomendaban al Autor francés, y las cuales dotes faltaban en el Autor alemán; y en segundo lugar contribuyó al éxito y celebridad que obtuvo Renan, la ignorancia general que en Francia y en España y otros países habia, acerca de las producciones de la escuela de Tubinga, con lo cual pudo aquél pasar por inventor de especies críticas que tomaba prestadas, y que después de abrillantadas en su fantasía, las entregaba al público que las adquiría y apreciaba como de primera mano. Vulgarizó Renan en Francia y en el mundo literario conceptos racionalistas é impíos que Strauss no supo vulgarizar ni aún en Alemania; y ese es todo su mérito, si mérito puede haber en una propaganda de blasfemias plagiadas. Hoy sólo nuestros racionalistas creen que Renan fué un verdadero sabio, un orientalista eminente, un filólogo de autoridad, y hasta un Diario de Madrid ha escrito en serio, que fué un *gran teólogo*. Apaga y vámonos, no se nos pegue algo de esa *teología* pringue de los chicos gacetilleros.

Más estridente badajada han dado algunos Diarios de esta Capital, al ocuparse del fallecimiento del infeliz Renan. Han desembanastado atrocidades que no son para creídas sino entre orates y echacantos; han afirmado, sin respeto al público que debía leerlo, que el Papa habia aprobado la conducta de Renan al desear los auxilios de la Iglesia en la hora de la muerte; que el Papa, habia dicho que ese proceder impio era prenda de la lealtad de las convicciones abrigadas por el Autor de la *Vida de Jesús*; que la misión de éste habia sido útil á los intereses de la Iglesia; que era acreedor á recompensa en la otra vida, por la altísima y benéfica misión que en ésta habia desempeñado. Lo

lastimoso aquí es que tales papeles encuentren lectores, y que haya católicos que fomenten con su suscripción publicaciones tan faltas de buen sentido, como sobradas de espíritu racionalista.

\*  
\* \*

Para el año que empieza con el presente mes, ha sido nombrado lord Corregidor de Londres, por la cámara municipal de la ciudad del Támesis, el *alderman* Knil, católico convencido y práctico. Esa elección tiene un valor inmenso y ha de contribuir poderosamente á reforzar el movimiento de aproximación al catolicismo que tan manifiestamente se está operando en Inglaterra. A pesar de que Mr. Knil, al presentar su candidatura á la Alcaldía Corregimiento de Londres, declaró á los electores cuyos sufragios solicitaba, que se proponía no sacrificar sus convicciones religiosas á sus funciones oficiales, y que sustituiría el Capellán protestante del Corregidor por el Capellán católico de su casa, á quien pagaría, de su particular bolsillo, y que no asistiría á los oficios religiosos protestantes á que suele asistir la Corporación Municipal; con todo fué elegido por una gran mayoría, en competencia de un *alderman* judío, á quien apoyaban los elementos más avanzados.

Por vez primera, desde los tiempos neronianos de Enrique VIII, se verá que el Lord Corregidor de Londres no asiste de oficio al templo protestante, y que ejerce su ministerio en el palacio de la Municipalidad un Capellán católico.

UN ACADÉMICO.

---

### Un pasaje del Cardenal Pecci.

En estos días en que la llamada cuestión social es tema obligado de numerosos discursos, causa de constantes zozobras, y por lo menos una vez al año justo motivo de preocupación para los gobernantes de todos los pueblos, no nos parece intempestivo, recordar algunas palabras del que era al escribirlas Eminentísimo Cardenal Joaquín Pecci, Arzobispo de Perusa, y hoy, por la gracia divina, rige gloriosamente los destinos de la Iglesia. Mucho tiempo ha transcurrido desde que aquellas palabras fueran escritas y no obstante la extraordinaria variación que han sufrido los tiempos, parecen escritas para nuestros días. El mundo no había presenciado aún esas manifestaciones universales de indignación y de amenaza, que la clase obrera lanza todos los años

el día 1.º de Mayo contra los que ella llama sus explotadores. No se había oído formular todavía la petición universal de las ocho horas. Y, sin embargo, ya en aquella sazón nuestro sapientísimo Pontífice, entonces Arzobispo de Perusa, adelantándose á los tiempos, señalaba los defectos de que actualmente adolece nuestra sociedad y que más tarde ha venido á hacer resaltar, por desgracia de muy distinto modo, el pueblo obrero; á la vez que enseñaba á éste el único camino que puede conducirle á su verdadera dicha y tranquilidad.

Cuando muchos años atrás se publicó la célebre Carta-pastoral á que nos venimos refiriendo, dirigida por el Cardenal Pecci al clero y pueblo de Perusa, la reprodujeron los primeros periódicos del mundo. Sin embargo, el tiempo que concluye con los mejores recuerdos, habrá quizás hecho olvidarla. Por esto creemos hacer una buena obra recordando aquel documento de inapreciable valor. En la imposibilidad de reproducirlo por entero, he aquí el contenido del Cap. IX de aquella hermosísima Pastoral. Al traducirla del original, hemos procurado hacerlo con la mayor exactitud que hemos sabido, si bien sin poder separar de nosotros el respetuoso temor que nos infunde su augusto origen. Seguros de que, por mucho que nos empeñásemos no había de ser posible á nuestra pobre pluma, conservar en la traducción la galanura de lenguaje de que rebosa el original, hemos atendido principalmente y con el mayor rigor á conservar la exactitud de los conceptos. Dice así:

## IX.

«Pero la Iglesia no tiene solamente el indiscutible mérito de haber ennoblecido y santificado el trabajo; no tiene solamente la gloria de haber logrado que la sociedad conducida é inspirada por ella adelantara rápidamente en el camino de la civilización; ella tiene además un mérito mucho más noble, una gloria mucho más pura; la de haber contenido á los hombres en justos y racionales límites, y de haber impedido los traspasasen con un excesivo amor al trabajo que convierte en fuente de bárbaras opresiones, aquello mismo, que practicado con discreción, es un medio de procurarse bienes deseables y una honesta prosperidad.

Las escuelas modernas de economía política, infestadas de incredulidad, consideran el trabajo como el fin supremo del hombre; y el hombre mismo, no es para ellas otra cosa que una máquina más ó menos preciosa, según que sea más ó menos *productiva*. De ahí el menosprecio que se hace de la moralidad del hombre; de ahí este indigno abuso de la pobreza y de la debilidad, por parte de aquellos que quieren explotarla á su provecho. En los mismos países reputados de estar á la cabeza de la civili-

zación, cuántos gemidos y cuán amargas dolencias tenemos que oír y presenciar por un exagerado número de horas de trabajo impuestas á aquellos que deben ganar el pan con el sudor de su rostro!

¿Y los pobres niños llevados á las fábricas, en donde se les enerva con muy precoces fatigas, no contrista al observador cristiano, no arranca palabras de indignación á toda alma generosa, y no tendría que obligar á los gobiernos y á las Asambleas á estudiar leyes para impedir este tráfico inhumano? Y si la caridad católica, inagotable en sus socorros, no viniese en ayuda con sus casas de maternidad, con sus asilos para la infancia, cuántos niños quedarían abandonados en estos días en que el furor de trabajo arranca del hogar doméstico, no solamente al hombre, sino á la misma madre? Ah! nuestros muy queridos Hermanos, cuando vemos estos hechos, ó los oímos contar por personas que no pueden sernos sospechosas, nos es imposible contener el sentimiento de indignación que se desborda en nosotros, contra los que confían en manos de estos bárbaros la suerte de la civilización que ellos pretenden favorecer!

Y he aquí lo que es peor aún, porque este trabajo intempestivo, que enerva y consume los cuerpos, arruina además las almas, en las que poco á poco destruye la imagen y la semejanza divina. A fuerza de tener los hombres ligados á la materia, encadenados, sumergidos en ella, elimina la vida del espíritu en estas pobres víctimas de un trabajo paganizado. Todo lo que eleva al hombre, todo lo que le hace ser lo que Dios quiere, rey de la creación, hijo adoptivo del Señor, heredero del reino del Cielo, se oscurece delante sus ojos, cae en el olvido, y deja sin freno algunas inclinaciones que llevan al hombre á las pasiones brutales y á los animales instintos.

En presencia de tan tristes realidades engendradas por la avaricia y el orgullo de los que no tienen entrañas, cabe preguntar si estos partidarios de una civilización separada de la Iglesia y sin Dios, en lugar de hacernos progresar nos hacen retroceder siglos y siglos, volviéndonos á aquellos deplorables tiempos, en los que la esclavitud encadenaba á una gran parte de la humanidad, y que hicieron exclamar con dolor al poeta Juvenal que el género humano vivía sólo para deleitar á algunos ciudadanos.

Luego ¿quién corrige mejor este ardor immoderado que caracteriza á nuestro siglo, que la Iglesia Católica, la que sí de un lado invita á todos los hombres al trabajo, del otro emplea con una sabiduría sobrehumana medios los más apropiados para impedir su abuso? En efecto, prescindiendo de la consideración de que las palabras humanidad y amor paternal no son en manera alguna palabras vacías de sentido, ¿quién ignora con cuánta eficacia logra la Iglesia suavizar la pena, interrumpiendo la dolorosa continuidad del trabajo por el descanso del domingo, y de las

solemnidades cristianas, que de cuando en cuando vienen á llenar de una santa alegría la vasta familia de los creyentes?

De la propia suerte que en un largo viaje hecho á través de un desierto y bajo los ardientes rayos del sol, el viajero se detiene con placer incomparable en los parajes donde frondosos árboles le prestan una deseada sombra y alfombra de césped sobre la que pueda descansar el cuerpo; así también aquellos bendecidos días aparecen de tiempo en tiempo, para restaurar el cuerpo con un saludable descanso y llenar el alma de consuelos inefables. Entonces el pobre obrero, sacudido de encima sus hombros el polvo del campo y del taller, bajo sus aseados vestidos se ensancha y respira la vida con mayor placer; recuerda que Dios no le ha criado para que permanezca eternamente unido al carro de la materia, sino para que sea también su dueño. Es para él para quien el sol envía sus vivificadores rayos; para él las colinas exhalan embriagadores perfumes; para él las praderas despliegan sus verdes alfombras en las que va á divertirse con su esposa y sus pequeños hijos; es para él para quien Dios ha criado este pequeño dominio que se le ofrece como más rico que ningún otro.

Entrado en el Templo donde le llama la voz de la religión, halla allí delicias que en ninguna otra parte le ha sido posible encontrar; las armonías de sagrados cánticos recrean sus oídos; sus ojos se extasían con la vista de preciosos mármoles, ricos dorados, elegantes ornamentos y con la severidad de líneas arquitectónicas; y por encima de todo, su corazón es conmovido y purificado por las palabras del ministro de Dios que le recuerdan su redención, sus deberes y sus inmortales esperanzas. Y es, además, en estos días de descanso cuando las inocentes alegrías de la familia dejan de ser un simple deseo y se convierten en una realidad. Colocado al lado de su esposa, rodeado de sus hijos, ejerce la más noble y la más dulce de las soberanías; conoce á los que le rodean que son pedazos de su corazón; es amado de ellos, y se da cuenta exacta de sus necesidades que le permiten satisfacer su amor al trabajo, estimulado por el hábito de la economía.

Así, pues, el descanso de las fiestas restaura al hombre física y moralmente; y este recreo que alguien ha llamado ociosidad vituperable, es por el contrario tregua fecunda, porque después de haber gozado, se emprende el trabajo con más vigor y sin la antipatía que presenta cuando se le considera como una pena y como un suplicio.

Y á propósito de esto, N. M. Q. H., cuanto podríamos decirnos sobre la lamentable costumbre que va creciendo en todas partes y entre nosotros mismos, de profanar estos santos días que son verdaderamente los días del Señor, y que pueden, cuando se les ha estudiado, ser asimismo llamados los días del hombre. Cuán

traspasado se siente el corazón, al contemplar en domingos y días festivos, escándalos deplorables, las tiendas abiertas, los artesanos ocupados en sus habituales trabajos, funcionando las fábricas y sin abandonar los negocios, impidiendo el pensar en mucho más importantes asuntos del alma y el aplicarse al estudio de verdades que deben conducirnos por las vías directas del tiempo, á los destinos ciertos y felices de la eternidad.

No, N. M. Q. H., el trabajo que se verifica en detrimento de la gloria de Dios y de los más sagrados deberes, no será jamás el que aumentará ni la riqueza pública ni la privada. Por el contrario; porque como dijo con razón un famoso incrédulo del siglo pasado, el pueblo no necesita solamente el tiempo para ganar su pan, necesita también tiempo para poder comerlo con satisfacción, sin lo que no puede volver á él tan provechosamente. Un día de fiesta renueva en el hombre las fuerzas perdidas, volviendo luego á emprender el trabajo con más ardor y mejor agrado.»

Cuándo querrá el pueblo, la clase obrera, convencerse de que el Catolicismo, la Religión divina del amor y de la misericordia, es la única que considerando á todos los hombres sin distinción, mirándolos á todos por igual, redimidos todos por una misma Sangre, es también la única que de verdad presta al pobre protección y amparo? Hay una gran parte de la humanidad que está ciega y está sorda. Sorda á la amorosísima voz de la Iglesia; ciega á los beneficios sin cuento que la práctica de las enseñanzas de la Iglesia reporta aún en el orden terreno. Si algún día abre de nuevo sus ojos á la luz, tenemos la firmísima creencia de que el pueblo más que las clases altas, será el primero en arrojar lejos de sí los falsos ídolos que hoy adora, para echarse en los maternales brazos de la Iglesia Católica, única que proporciona paz á las almas, ventura á los corazones, consuelo á los atribulados y sosiego á los afligidos; y sin la que, como decía el insigne Valdegamas, no hay ni puede haber ni buen sentido en los menores, ni virtud en los medianos, ni santidad en los eminentes, porque el buen sentido, la virtud y la santidad en la tierra, presuponen un Dios hecho hombre, ocupado en enseñar la santidad á las almas heroicas, la virtud á las firmes y en enderezar la razón de las descaminadas sociedades envueltas en tinieblas y sombras de muerte.

NARCISO PLÁ Y DENIEL.



## LA RECITACION EN PUBLICO <sup>(1)</sup>

Querido Pepe: Te decía en mi última que el recitador debe amoldarse á las circunstancias de lugar. En efecto: siendo la naturalidad la base del Arte de la recitación, comprenderás que sería ridículo recitar en una reunión familiar del mismo modo que en una velada literaria solemne, y en ésta presentarse del mismo modo que delante de siete ú ocho personas. Aún tratándose de dos veladas en distinto local, precisa que el recitador tenga en cuenta las condiciones acústicas de la sala, el número y la *calidad* de los individuos que componen el auditorio, etcétera, etc. El grado de confianza en que el recitador se encuentre respecto de ellos, determinará la posición que debe adoptar, esto es, si debe permanecer de pie ó sentado, al propio tiempo que tendrá presentes los detalles inherentes á su situación especial, sin darles importancia alguna en lo exterior.

Se presta á vacilaciones la elección de la composición que se ha de recitar, y así deberá procurarse escoger aquella que pueda estar más conforme con el gusto de la masa total del auditorio, pues uno de los fines del Arte en que me ocupo, como el de todas las Artes, es dejar una buena impresión en el ánimo del espectador. No cumpliría bien su cometido quien se empeñara en hacer resaltar las bellezas de una poesía patriótica ó filosófica ante un público compuesto casi en su totalidad de señoras, así como sentaría muy mal en una mayoría de hombres graves un *Idilio* ó una *Amatoria*. En esto, querido Pepe, debes procurar, si te encontrases en semejante caso, apurado por la elección, unir el mayor número de intereses, haciéndote cargo de que á quien debes complacer es á la *masa general*, y si en ésta hubiese heterogeneidad de sentimientos por la diversidad de sexos, tendencias probables, etc., considera qué parte de aquélla es, en tu recto criterio, más atendible, y obra en consecuencia.

Quería empezar esta mi segunda carta preguntándote si habías meditado alguna vez el sentido de las palabras *lectura*, *recitación* y *declamación*. Abro un «Diccionario de la lengua castellana» de mucho mérito (no por cierto el de la Academia) y busco.... DECLAMAR=Leer, recitar, orar, perorar en alta voz y con cierto énfasis, dando á los pensamientos y á las palabras del discurso el tono y la expresión necesarios para producir en los ánimos los efectos que se desean. || Hablar fuerte y recio comunicando cierta pompa á las palabras para darles la importancia que no tienen. || Representar en el teatro según las reglas del arte

(1) Véase s: núm. 19.

declamatorio, apropiando á *lo que se recita* el tono, la actitud y los ademanes que exigen la expresión de los diversos afectos y pasiones que se ponen en escena.

LEER.—Recorrer con la vista un escrito ó impreso enterándose del valor y significación de las palabras, bien sea pronunciándolas de un modo perceptible para los demás, bien sea en silencio. || Interpretar ó comprender de cierto modo un texto, juzgando esta interpretación como la más adecuada á la mente del autor.

RECITAR.—Decir en voz alta ó á media voz alguna cosa, como recitar oraciones, preces, etc. || *Declamar*; decir ó pronunciar de memoria y en voz alta, versos, discursos, etc. || Referir, relatar, narrar, historiar, contar, en un sentido general.

Por lo visto tenemos que *declamar* equivale á *leer y recitar*; esto último es lo mismo que *declamar*, y *leer* no es *declamar* ni *recitar*, sino interpretar un texto; pero si una vez interpretado según la mente del autor, lo recorres con la vista, pronunciando las palabras de un modo perceptible para los demás, vienes á confundir la lectura con la recitación, ya que la interpretación del pensamiento del autor es el mérito esencial de este Arte. No creo, Pepe, que te avengas á confundir tan claramente las tres palabras que acabamos de analizar, porque entonces holgaría una de las tres y no habría medio de dar nombre al sistema verbal que usan los oradores en la tribuna y los actores en las tablas, al procedimiento que usamos enterándonos del contenido de un manuscrito ó impreso, ó bien á aquel por el que pronunciamos una composición (en prosa ó verso) aprendida de memoria, según Arte.

Un exceso de análisis, sin embargo, te hará notar, fijándote en la definición de *leer*, que consiste en recorrer con la vista (y los ciegos ¿no leen también?) un escrito ó impreso (ó un relieve) enterándose del valor y significación de las *palabras*, ya pronunciándolas en alta voz ya en silencio; y en otro sentido, interpretar un texto según la idea del autor; no nos dice el Diccionario si en silencio ó no; pero entendiendo esta definición como creo debe entenderse, esto es, en sentido restrictivo, al leer en alta voz, para que la lectura pueda llamarse propiamente tal, basta pronunciar y articular con claridad.

No porque el recitador tenga el original en la mano podemos dejar de decir que recita. La poca frecuencia con que mire al papel á fin de ayudar la memoria, no deslucirá en lo más mínimo su concepto de tal. Pero si el *sujeto* se concentra la mayor parte del tiempo en sus cuartillas, cuaderno ó libro, dirigiendo la vista al público alguna que otra vez para evitar la monotonía de su conjunto, podremos afirmar que lee. La recitación es una lectura de memoria (y perdona la frase si te parece impropia), y claro está que lleva consigo mayor libertad en todo, ya que el recita-

dor convierte la lectura propiamente dicha en lectura artística: en ésta tienen mayor importancia la mímica, las modulaciones de voz, el tono familiar, festivo ó patético, y todas las modalidades, en fin, dedicadas á embellecer este Arte.

En cuanto á la mímica, hay que ser muy parco, porque la exageración y aún el uso frecuente de ella puede llegar á cansar al espectador: te he dicho que la base de la recitación es la naturalidad; con que así figúrate cómo debes portarte en este punto; del mismo modo que educas la voz debes educar tu modo de accionar: nada de monotonía ni de frecuente variedad; mucha prudencia... y mucha elegancia.

Me viene á la memoria una pregunta que me has dirigido y que según me confiesas no te atrevas á formular por parecerse fútil. ¡Pues no lo es tanto como te figuras! Es esta la pregunta: en caso de no fiar el recitador en su memoria, ¿con qué mano debe sostener el papel, con la derecha ó con la izquierda? y la contestación es como sigue: partiendo del principio de que debe saber accionar indistintamente con ambas manos, no dará mala idea del recitador el que accione con la derecha sosteniendo el papel con la izquierda y vice-versa. Dice el folleto portugués, mentado en mi anterior, ocupándose en este asunto: «O ledor deve ter o livro na mão direita e accionar com a esquerda nas poucas vezes que tenha de o fazer.» También creo que el *lector* debe sostener el original con la mano derecha, y tanto él como el recitador son muy dueños de alternar, aunque es mucho más preferible no hacerlo *en el caso de lectura*. Lo que sí es irresistible, es sostener el papel con ambas manos: no es esto suponer tampoco que deba evitarse, como si se tratara de una ascua, el contacto de ambas manos con el texto, pues la naturalidad exige á veces una ligerísima presión en él con las dos, pero librate muy mucho de conservarlo agarrado como temiendo se escape al menear descuido.

Debe el recitador dedicarse á un solo género de literatura ó bien cultivarlos todos? Esta es otra de tus dudas. Hay seres poseídos de una especial *vis cómica* en el decir é incapaces al propio tiempo de sentir: toda composición de asunto serio será incompatible con sus facultades. Dice el folleto á que vengo aludiendo, que el recitador debe dedicarse á un solo género como lo hace el actor en el Arte dramático: pero yo que creo que un recitador no es un actor (aunque la opinión vulgar se inclina con frecuencia á la idea contraria); considero que quien tiene aptitud para emprender la recitación de un trabajo sentimental, puede confiar del éxito en una composición festiva supliendo la *vis cómica* con el Arte. En el caso contrario, no me parece que un recitador que posea una gracia innata perfeccionada por el Arte, pueda decir *sólo valiéndose de él* una poesía, *verbi gratia*, en que intervienen las fibras del corazón: claro que el Arte puede mu-

cho, pero no de un modo tan absoluto como en el primer caso. De todas maneras me permitiré aconsejarte que si *sintiendo* te crees en aptitud de *hacer sentir*, no abandones esta envidiable cualidad, y cultiva más el género tierno y sentimental que el festivo, pero aprende al propio tiempo en éste, las reglas del *bien decir* y aplícalas en algún caso, que con sólo seguirlas, repito, tendrás un gran resorte en tu auxilio para agradar.

Una advertencia final, que encontrarás sin duda pueril. Cuando ensayes á solas la composición que tienes destinada para recitarla, procura levantar la voz como si realmente hablases con el público que te ha de oír, á fin de *acostumbrarte á tu propia voz*. Al levantar ó bajar el tono más de lo acostumbrado, rodeas á la composición de una atmósfera distinta y tan extraña que no puedes recordar aquélla sin esfuerzo, lo cual como puedes comprender, disminuye en gran manera el buen efecto que pudieras producir en el público.

Perdona la molestia que haya podido causarte con mis anti-preceptistas observaciones y manda á este tu amigo.—A. E.

---

---

## CARTAS

### AL JOVEN CONRADO SOBRE POLÍTICA CATÓLICA

#### XIV.

Mi querido Conrado: siempre abrigué la esperanza de que al fin y al cabo llegaríamos á entendernos, por lo que á los principios doctrinales se refiere. Así lo has reconocido en tu última. Pero fui también siempre de opinión que no llegaríamos, por más que discutiéramos, á una concordia acerca de la aplicación práctica de los principios admitidos. Sobre este punto, permíteme que rehuya la discusión, pues sobre no llegar á concertarnos, tal vez terminaría nuestro empeño, por tirarnos los trastos á la cabeza, poniendo punto final á nuestras amistosas relaciones. A ti nadie ha de meterte en la mollera, que sea posible servir los intereses católicos, por otros procedimientos distintos de los que tú profesas; no admitirías ni la posibilidad de otra política genuinamente católica fuera de la tradicionalista; y como yo creo que puede servirse á la Iglesia, siguiendo una política que no es la vuestra, bien que no niego que también vosotros podeis prestarle excelentes auxilios, de ahí que será mejor que cada uno permanezca en su propia casa, y que renunciemos á intentar un común domicilio, donde de continuo habíamos de andar á la greña. Yo no tengo la fe que tú tienes en la eficacia católica de los partidos políticos, y aunque llegara á concederte que el

vuestro me inspira más confianza que los otros, no por eso podría convenir contigo en que los católicos deben afiliarse á él, pues entiendo que un católico puede trabajar por sus ideales, admitiendo el régimen constitucional, y hasta creo que, hoy por hoy, esto es lo más correcto y lo más aproximado á la norma de conducta recomendada por el Vaticano. Ya ves que, siendo éstas mis convicciones, no es posible que lleguemos á una avenencia, y lo mejor será que te quedes tú con tu política tradicionalista, y que continúe yo libre y suelto, sin subyugarme á las exigencias de ningún partido. Así me va bien, y no por eso dejo de poner toda mi actividad al servicio de la Iglesia católica, prefiriendo, para escribir en favor suyo, las publicaciones independientes á las que son órgano de una cualquiera de las fracciones políticas.

Y con esto, te respondo ya á la invitación que me haces de ingresar en la parcialidad en que tú militas, ponderándome, para mejor reducirme, los grandes bienes que la Iglesia reportaría del triunfo político de vuestra causa, y aún añadiendo, que la restauración católica de España sólo puede venir como consecuencia de la restauración política á que aspirais porfiadamente desde hace más de medio siglo. Ese lenguaje tuyo me ha recordado el Manifiesto que el partido monárquico francés publicó, antes de las últimas elecciones para Senadores y Diputados, en el cual también se decía á los electores, que lo importante, lo eficaz, lo práctico, era restaurar en Francia la Monarquía, pues con eso quedaría de hecho solucionada la cuestión católica, que sólo de la Monarquía restaurada podía esperar su libertad, su decoro, sus privilegios y su influencia salvadora. Pero poco después publicó León XIII sus dos famosas Cartas-encíclicas, en que decía á los fieles de Francia, que se dejaran de restauraciones monárquicas, que se unieran en el terreno de la legalidad republicana, y que sin acordarse de la política de partido, concertaran su acción en el campo constitucional, para obtener el triunfo de la causa católica. Algo parecido puede sucederos á vosotros, si os empeñais en sostener uno y otro día que sois la única esperanza de restauración católica, y que el medio eficaz de trabajar en España por el bien de la Iglesia, es adunar fuerzas en torno de vuestra bandera política. Temed que siguiendo esa conducta, y á ella se atienden vuestros Periódicos con ceguera lamentable, envíe León XIII á los Cardenales españoles una carta parecida á la que, por motivos semejantes, dirigió á los Cardenales franceses. Que la Santa Sede no puede permitir que se enseñe, por ser error funesto, que la suerte de la Iglesia está vinculada á la suerte de un partido político cualquiera, y vuestros Diarios hacen en este sentido una desatentada propaganda, que algún día lamentareis con tardío arrepentimiento.

La Iglesia, querido Conrado, tiene en sí misma, por divina institución, los elementos de vida que le aseguran el porvenir: es regida sobrenaturalmente por el Espíritu Santo, quien para el efecto, no se vale de los jefes políticos, sino de una Jerarquía especial, á la cual ha prometido su constante asistencia. Ni los medios de que los políticos disponen, son los que pueden fomentar los intereses religiosos, sino aquellos que Cristo instituyó y cuya administración corre de cuenta de los Jerarcas Eclesiásticos, que para ello han recibido misión especial del cielo. Es, pues, la Iglesia un organismo completo, con elementos propios de subsistencia, independiente de los organismos políticos y muy superior á todos ellos; y desconocen su naturaleza, su origen y sus destinos, los que, para asegurarla un porvenir satisfactorio, todo lo fian á las combinaciones de la política humana. Ni por la política se estableció la Iglesia, ni por la política se ha conservado, ni de la política espera el cumplimiento de sus inmortales destinos. Nada conozco tan ridículo como la pretensión de no pocos españoles que, por hallarse afiliados en determinada agrupación política, se creen otros tantos apóstoles del Evangelio. Pobres ilusos! No tienen en la Iglesia otra destinación que salvar su propia alma, siguiendo dócilmente á los Pastores canónicos; y se imaginan que ellos son las columnas más robustas del sobrenatural edificio levantado sobre la piedra angular, que es Cristo, de quien es Vicario el Pontífice Romano. Tal es el efecto que en ciertas almas sencillas produce la lectura de esos Periódicos que afirman, no haber para la Iglesia española otra salvación que el triunfo del partido.

Y a pesar de que tanto se ha dicho y repetido en estos últimos años, que la Iglesia es indiferente á las diversas formas de Gobierno, que lo mismo puede vivir en una nación republicana que en una monárquica, lo mismo si el gobierno es constitucional como si es absolutista, y esta verdad no es ya por nadie puesta á discusión, sino que es de todos reconocida y profesada; no obstante, siguen muchos creyendo que el bienestar de la Iglesia en España sólo se logrará con la restauración de la política tradicionalista, no ya precisamente por la virtualidad intrínseca de esa política, sino porque los que la desean y la procuran son los buenos católicos, los que únicamente aspiran al predominio del Catolicismo en la gobernación del Estado. Mucha presunción y muy poca humildad cristiana revela ese lenguaje, pero es el lenguaje de la generalidad de tus correligionarios, Conrado. Yo creo que tú no perteneces á ese montón anónimo de badulaques que se creen destinados á regenerar la Iglesia española, porque tienes demasiado buen juicio para comprender que ha de ser la Jerarquía eclesiástica, los Obispos, el Clero, los Institutos Religiosos, y no la política, quienes deben operar esa regeneración saludable, á la cual pueden contribuir los hombres políticos, más

aún las asociaciones católicas de seculares, pero sólo accidentalmente, sólo secundando la acción de los Pastores legítimos, sólo prestando á éstos el debido apoyo, sólo respetando su libertad, cumpliendo sus decretos, revalidando sus fallos y decisiones. Si los hombres que forman una situación política son católicos convencidos, claro está que esa situación apoyará la acción de la Iglesia; si los políticos imperantes están resabiados de liberalismo, cercenarán las libertades eclesiásticas, y en esto tampoco hay duda alguna; y de esas premisas saca León XIII la consecuencia de que, hallándose en España los católicos en mayoría, deben unirse en un terreno neutral para asegurar, por su esfuerzo mancomunado, los intereses religiosos, superiores por su naturaleza á los intereses políticos, y ante los cuales éstos deben acallarse. Esto ha enseñado León XIII, no á los católicos franceses, sino á los españoles, en la Encíclica *Cum Multa*, que tú y los tuyos seguís ignorando, gracias á las maniobras periodísticas de vuestros prohombres.

Pero, repito, como en estas cuestiones prácticas no hemos de llegar á un acuerdo, mejor será que las abandonemos, y que convirtamos nuestra atención y apliquemos nuestra actividad á la dilucidación de materias más útiles y menos ocasionadas. Y porque estoy sinceramente convencido de que las aberraciones en que por ahí incurren algunos, respecto á las doctrinas pontificias, y mayormente aún, respecto á los principios de política católica, provienen del superficial é incompleto conocimiento que poseen acerca de la Iglesia de Jesucristo, en que han nacido y en que desean morir, soy de parecer que mejor haríamos en profundizar algunas de las verdades fundamentales de nuestra religión, en lo cual no podremos hallarnos desacordes, y además lograremos inapreciables ventajas. Y al proponerte dar este nuevo giro á nuestra correspondencia, no tomes á mal el que suponga que ha de serte útil una más amplia comprensión de los principios fundamentales del Cristianismo, porque supongo que en religión tienes la instrucción que suele ser general en los católicos, y que si es suficiente para el régimen de la conducta individual, no lo es para defender las creencias contra los ataques de la incredulidad. Y á esa defensa hemos de acudir con sobrada frecuencia todos los católicos de acción, en cual número figuras dignamente tú, mi querido Conrado.

Es pasmosa la ignorancia en que acerca de nuestra Religión están esos incrédulos que en nombre de la ciencia la combaten. Aunque la mayor parte son católicos de nacimiento y la casi totalidad han sido bautizados como cristianos, se hallan tan ignorantes acerca de Jesucristo, acerca de la Iglesia, acerca del orden sobrenatural, como si hubieran nacido y vivido en una sociedad de paganos, resultando de ahí que blasfeman de un Cristo que no es el de los Evangelios, combaten á una Iglesia que no es

la cristiana, es decir, la católica, apostólica y romana, y niegan un orden sobrenatural en el cual la Iglesia cristiana jamás ha credo. Por donde, el mejor argumento que puede hacerse para rebatirlos, consiste en observarles que combaten lo que nosotros no defendemos, y que los objetos de nuestras creencias están fuera del alcance de sus impugnaciones. Pero para argüir de este modo es preciso poseer nociones bien claras acerca de Jesucristo, de su Iglesia y del orden sobrenatural, porque no puede usarse ese género de argumento, sin recurrir á aclaraciones doctrinales, que la mayor parte de los católicos, aún de los que viven entregados á la labor de la propaganda periodística, no pueden realizar satisfactoriamente, por falta de preparación filosófico-teológica. No tomes, pues á mal, el que yo te suponga con esa instrucción religiosa que reconozco en la generalidad de los periodistas católicos, pero que califico de insuficiente, sobre todo no habiendo tú cursado ciencias eclesiásticas y teológicas.

Y aún prescindiendo de las ventajas que hallarás en la controversia, te será sumamente útil y provechoso el estudio á que te invito, para el logro de tus aspiraciones eternas, porque cuanto mejor se comprende la religión, tanto mejor se practica, y hasta tengo por imposible que deje de serle muy aficionado el que acerca de ella posea nociones claras, exactas y extensas. Sólo en nuestra Religión se halla lo verdaderamente grandioso y sublime. Más te diré: es tan grande y sublime, que su grandeza y sublimidad acusan por sí solas su origen divino. Y al expresarme en estos términos, no me refiero al dogma, al misterio, que aquí la inteligencia humana debe adorar y enmudecer; me refiero al sistema de verdades que integran nuestra religión, al plan teogónico de que es expresión externa, al ideal religioso realizado en medio de la humanidad por el Fundador de la Iglesia. Verás como no te arrepentirás de aplicarte á este estudio, el más noble y trascendental que puede emprender la inteligencia humana. Qué diferencia hallarás entre las regiones serenas y brillantes á cuyo reconocimiento te invito, y las turbias y borrascosas de los asuntos políticos que hemos abandonado!

Por mi parte, sólo espero tu conformidad, para poner manos á la obra.

Y entretanto espero tu carta, quedo pensando en tí y soy tu más cariñoso amigo y s. s. q. t. m. b.

O. S.

*Barcelona 10 de Octubre de 1892.*

---

## JUVENTUD Y SANTIDAD

Dos días únicamente había permanecido el Novicio Tomás en el Convento de Santa Sabina, pues avisados los Religiosos, por un propio enviado por el Prior de Nápoles, de que la Condesa iba en su requerimiento, determinó el General de la Orden partir cuanto antes hacia París, llevándose al Novicio, que temblaba ante la posibilidad de que le privaran del santo Hábito que con tanta satisfacción había recibido. Al llegar á Roma la Condesa, supo con dolor y despecho, que su Hijo había salido aquella misma mañana para París. Su primera idea fué salir en su seguimiento con una buena escolta, y recobrar por la violencia á su Hijo. Pero mudó de parecer ante las consecuencias de provocar un hecho de armas y contra personas eclesiásticas, en los Dominios Pontificios. Por otra parte abrigaba la seguridad de que sus hijos Landolfo y Reinaldo lograrían impunemente en la Toscana, lo que ella no podía realizar en los Estados del Papa, sin atraerse los anatemas de la Iglesia. Y en esa seguridad se restituyó á Roca-Secca, al lado del Conde que impaciente la esperaba. Manifestóse éste algo sorprendido, al ver que llegaba la Condesa sin que trajera consigo á Tomás, y después de los saludos de costumbre, la preguntó:

—¿Había salido ya de Roma cuando allí llegasteis?

—Dentro de pocos días lo tendreis en Roca-Secca, respondió la Condesa.

—Y si se ha adelantado á las precauciones de Landolfo y de Reinaldo en Toscana, como se adelantó á las vuestras en Nápoles y en Roma?

—Es imposible. Previsor es el mozuelo, pero más previsora ha sido en esta ocasión su Madre. Os repito que dentro de pocos días lo traerán á Roca-Secca. Mis órdenes á Landolfo y Reinaldo fueron apremiantes, y les añadí que en su cumplimiento estaba empeñado el honor de nuestra Casa. Y no digo más, porque ya conoceis á nuestros Hijos.

—Sí, pero pudieran llegar tarde vuestras órdenes, y entonces nada habríais conseguido.

—No lo creais, Conde. Mis emisarios partieron á la Toscana desde Nápoles, cuando Tomás llegaba á Roma, donde permaneció dos días. Les di recomendaciones para que por el camino mudaran de caballos, añadiéndoles que no importaba que reventaran algunos, con tal que hicieran con rapidez el viaje.

—Qué emisarios escogisteis?

—Vuestro escudero Rogerio y mi palafrenero Tristany.

—Buena elección. Contad con que llegaron á tiempo. Pero á qué punto de la Toscana los dirigisteis?

—Ignorando el sitio donde actualmente se hallan nuestros Hijos, dije á Rogerio que se encaminara á Canosa y á Tristany que tomara el camino de Loreto, previniéndoles que tan pronto supieran cierto el punto donde Landolfo y Reinaldo estaban, fueran allí derechamente. A éstos les advertía que si recibían mi aviso antes de los tres días de expedido, podían ocupar las entradas de la Toscana; pero que si habían pasado los tres días, aseguraran las salidas.

—Habeis tenido una previsión militar que es garantía de buen resultado. Preparad el recibimiento que quereis hacer á vuestro Hijo.

—Eso corre de vuestra cuenta, Conde. Yo prohibo que mi Hijo me vea hasta que me haya pedido perdón de las desazones que me ha causado. Tomás nos ha ofendido muy gravemente, y se ha hecho acreedor á vuestro justo enojo. Toda la Italia se ocupará en mis precipitados viajes á Nápoles y Roma y en las medidas adoptadas por nuestros Hijos en Toscana. Toda la Italia se enterará de que el Hijo de los poderosos Condes de Aquino viste el plebeyo Hábito de una Orden Mendicante. ¿No veis el ridículo que sobre nuestra Casa ha lanzado ese atolondrado Hijo?

—Por mi parte, Condesa, me propongo no apasionarme en este asunto, que quiero mirar con imparcialidad. Y os aconsejo que sereneis vuestro espíritu, porque acaso os esperan contrariedades que no sospechais.

—Siempre he visto, Conde, que Tomás podía contar, cuando menos, con vuestra acquiescencia. No menos me mortifica vuestra conducta que la de nuestro Hijo. Si estais conforme en que un hijo vuestro troque su brillante porvenir por las humillaciones del Claustro, ¿por qué consentís que yo me diera en espectáculo en Nápoles y en Roma, y pusiera en alarma á las tropas imperiales de Toscana? ¿Así mirais por el honor de vuestra Esposa? Así celais el decoro de vuestra Casa? Os desconozco en esta ocasión, Conde de Aquino.

—No me opuse al proyecto de vuestro viaje, en primer lugar, porque os ví demasiado empeñada en llevarlo adelante, y no juzgué prudente contrariaros; y en segundo lugar, porque me place que Tomás se reuna con nosotros, para poder así con pleno conocimiento de causa fallar en este negocio.

—Pues qué! ¿admitís acaso la posibilidad de que la conducta de Tomás sea justificable?

—No he formado opinión definitiva sobre este particular; pero no me creo con derecho á impedir por la fuerza que un Hijo mío siga su vocación, si está cierto que esta vocación le viene del cielo. Los derechos de Dios son superiores á los derechos de los Padres. Para mí, toda la cuestión se reduce á averiguar si en efecto Dios llama al Claustro á nuestro Hijo. No he de ser yo quien se oponga á los dèsignios de Dios.

—Pero acaso podreis cercioraros de la indole de esa vocación, con tener á Tomás en vuestra compañía? Veo que vais á oficiar de Padre espiritual. Bueno se va poniendo el Conde de Aquino! Reconoced, Landolfo, que la enfermedad que sufrís os enerva las energías del alma.

—No es como decís, Condesa. Si Tomás escogió la vida del Claustro impulsado por un sentimiento vago de misticismo, al cual siempre le habeis visto entregado, no será fácil reducirlo á que siga la carrera eclesiástica, en la cual, con el apoyo de nuestra Casa, podrá llegar á las más elevadas dignidades. Pero si pidió el Hábito Religioso movido á impulsos de la vocación divina, será inútil que os empeñeis en quebrantar sus propósitos, pues ni los halagos, ni las amenazas, ni las caricias, ni los malos tratamientos le desviarán de su camino. Más os digo, Condesa. Si Tomás recibió del cielo la vocación, vereis como llega á Rocca-Secca, resuelto á volver al Claustro, sin que le rindan vuestros ruegos, ni vuestras lágrimas, ni vuestras amenazas, ni vuestros castigos. Será Religioso á pesar de todas vuestras resistencias.

—¿De modo que nada habré logrado con hacerlo traer al Castillo?

—No digo tanto. Si su vocación no fué verdadera, habreis logrado vuestro intento; pero si tiene verdadera vocación al Estado Religioso, todo queda por hacer, y á la postre Tomás saldrá con la suya.

—Saldrá con la suya en todo caso su Madre, diriais mejor.

—Allá os lo vereis, Condesa.

\*  
\* \*

En vista de los antecedentes antes consignados, fácilmente comprenderán nuestros lectores el alcance del siguiente pasaje biográfico, que de la vida de Santo Tomás de Aquino, escrita por Butler, tomamos casi al pie de la letra.

Siguiendo las instrucciones de su madre la Condesa, los dos hermanos de Tomás, Landolfo y Reinaldo, Comandantes del Ejército del Emperador en la Toscana, guardaron con su dirección tan atinadamente los caminos todos, que el Santo cayó en sus manos, cerca del sitio llamado Acqua-Pendente. Pretendieron quitarle el Hábito, con el cual le consideraban deshonorado, pero lo resistió el Novicio con tanta constancia, que al fin le dirigieron con él á presencia de sus Padres, que residían á la sazón en Rocca-Secca. La madre tomó á pechos hacer desistir á su Hijo de su propósito de retirarse al Claustro y consagrarse en él á Dios de un modo irrevocable. Procuraba persuadirle, que el haber abrazado el estado religioso sin parecer ni consentimiento de sus Padres, no podía ser vocación perfecta del cielo, añadiendo á esto

todo género de razones y discursos, caricias las más tiernas, reconvencciones y lágrimas. La naturaleza la hacia elocuente y patética, y aunque el Santo parecía sensible á la aflicción materna, se mantuvo empero inexorable en su constancia. Sus respuestas fueron modestas y respetuosas, pero firmes y resueltas á hacer ver, que su vocación era de Dios, y que por consiguiente, cualquiera otra mira y resolución, aún en servicio de Aquél, no debía ser en modo alguno atendida. Ultimamente, ofendida la Condesa de una resistencia tan no esperada, expresó su desagrado con frases destempladas y palabras coléricas, y ordenó que fuese encerrado estrechamente y custodiado con todo rigor, sin que le fuese permitido ver á otras personas que á sus dos hermanas, con lo cual atendía á la vez á la seguridad de Tomás, cuya evasión, para volver al Convento, su madre recelaba. Empezaron luego los asaltos de las Hermanas, quienes nada omitieron de cuanto podía inspirar la carne y la sangre en una ocasión como aquélla, insistiendo principalmente en hacerle presente el peligro y el daño de ser acaso motivo de la muerte de su afligida Madre, dándole tan hondo y continuado sentimiento. El Santo, á la vez que sinceraba su proceder, hablábales de un modo tan expresivo sobre el desprecio del mundo y el amor á la virtud, que ambas se rindieron á la fuerza de sus razones y acabaron por dejar también ellas el mundo, empezando ya desde entonces una sincera práctica de virtud y de piedad.

Ni por un momento perdió Tomás la paz imperturbable de que gozaba, y aún aquella misma soledad le ofrecía la oportunidad más feliz para la contemplación y para una oración continua, en la cual hallaba todas sus delicias. Pasado algún tiempo, y ganadas á su causa las dos Hermanas, éstas le procuraron algunos libros, entre ellos la Biblia, la Lógica de Aristóteles y las Obras del *Maestro de las Sentencias*, con lo cual repartía el tiempo entre la oración y el estudio.

Mas esta quietud exterior no fué duradera. Volvieron del ejército sus hermanos Landolfo y Reinaldo, y se mostraron muy airados, por hallar á su madre en una extrema aflicción, y al novicio Tomás en su resolución triunfante. Emprendieron el vencimiento de éste, y por primera precaución encerráronle en la torre del Castillo, poniéndole guardias de vista. Quitáronle el Hábito á pedazos, por resistirse Tomás á dejarlo, y después de varias amargas increpaciones y amenazas mortales, le dejaron en la oscuridad de la prisión, confiados en que el encierro y las mortificaciones que cada uno procuraría darle, vencerían al fin su resolución. Pero todo fué en vano. Tomás sufría con una paciencia invencible y con una serenidad inalterable toda clase de oprobios y malos tratamientos. Antes de darse por vencidos sus indignos Hermanos, apelaron á un recurso que sólo el Diablo podía sugerirles. Introdujeron en la prisión de Tomás, con el

mayor sigilo y recato, á escondidas de sus Padres y Hermanas, una mozuela joven, hermosa, de licenciosas costumbres, expresiva, á quien de antemano habían prometido las recompensas más generosas, si conseguía hacerle caer en pecado. Todas las armas de Satanás empleó esta Harpía en salir victoriosa en su detestable designio; pero alarmado el Santo con el peligro, se humilló profundamente en la presencia de Dios y reclamó fervorosamente los auxilios divinos, y no siéndole posible escapar de aquel sitio, porque tenía guardias en las puertas, miró en torno de sí, vió en la chimenea un tizón ardiendo, cogióle al punto, acometió con él á la impúdica tentadora, que fuertemente escarmentada logró con sus voces de auxilio que le abrieran las puertas del encierro, dejando en él á Tomás, puro como siempre, pero corrido y avergonzado y lleno de confusión por haber sido tan baja y villanamente asaltado. Con el mismo tizón ardiendo hizo una cruz en la pared de su aposento, hincó sus rodillas, tributó á Dios las debidas gracias por la defensa que de su castidad había hecho su misericordia, consagró de nuevo á Dios su castidad, y pidióle con insistencia la gracia de ser siempre fiel á sus promesas. En lo más ardoroso de su plegaria, cayó en una especie de desmayo, durante el cual fué visitado por dos Angeles, que al parecer le ciñeron con un ángulo tan apretado, que le hicieron volver en sí y aún exhalar algunos gritos, á los cuales acudieron sus guardias, ofreciéndole sus servicios. No quiso Tomás descubrirles el secreto de su lamentación, y sólo muy cercano á su muerte comunicó el caso á Fray Reinaldo su Confesor, añadiéndole que en los 30 años que habían transcurrido, no había sentido las tentaciones de la carne. Una victoria tan heroica suele llevar aparejada una recompensa tan generosa.

Cerca de dos años duró el encierro y la persecución que Tomás sufrió en Roca-Secca. El Papa Inocencio IV y el Emperador Federico II interpusieron su mediación á favor del Joven Novicio, y aún afearon tantos actos de violencia cometidos por un intento vano contra un niño virtuosísimo, y no atreviéndose la Condesa y sus dos Hijos á arrostrar la enemistad del Emperador y del Pontífice, principiaron á ceder en su vano empeño. Informados de esto los Dominicos de Nápoles, y de que la Condesa estaba ya dispuesta á disimular que se tomasen medidas para sacarle de la prisión, con tal que no pareciera que se daba por vencida y desairada, emprendieron algunos de ellos, disfrazados, un viaje á Roca-Secca, y las Hermanas de Tomás, que sabían la ninguna oposición que su Madre había de hacer á la libertad del prisionero, dispusieron que fuera descolgado en un cesto por las almenas de la torre, y entregado á los Religiosos que al pie de ella le aguardaban. Así pudo volver á su convento de Nápoles, donde había recibido el hábito dominicano.

Todavía insistieron en su propósito la Madre y los Hermanos de Tomás, acudiendo ahora en queja contra los Religiosos dominicos ante el Tribunal del Papa Inocencio. Este mandó que hicieran venir á Tomás á su presencia; examinóle personalmente acerca de su vocación; persuadióse el Papa que era de origen divino, admiró la virtud del joven dominico, aprobó la elección que había hecho de aquel estado, tomóle bajo su augusta protección, y le hizo acompañar hasta el Convento, donde Tomás prosiguió con la paz más profunda.

Y tan lejos estuvo de faltar á los sagrados deberes que para con sus Padres y Hermanos la religión y la naturaleza le imponían, que jamás se acordó de los días de prueba que en Rocca-Secca hubo de pasar para asegurar su vocación religiosa, y siempre en sus fervientes oraciones ocuparon el primer lugar aquellos á quienes se hallaba unido por los lazos de la sangre. Tal vez á esas oraciones se debió la regeneración cristiana de las familias de los Condes de Aquino; el Conde Landolfo murió en venerable ancianidad rodeado de los suyos y con todos los auxilios de la Iglesia: la Condesa Teodora, consagró los últimos años de su vida á la práctica de las virtudes cristianas: la hija mayor se consagró á Dios en Santa María de Padua, y murió Abadesa de aquel Monasterio; la menor, llamada Teodora, casó con el Conde Marsico y se hizo famosa por su gran piedad: Landolfo y Reinaldo pararon en sinceros penitentes, y habiendo dejado el servicio del Emperador, por ser éste enemigo del Papa, vieron quemada en 1250 la ciudad de Aquino, donde residian, y por tan santa causa Reinaldo perdió la vida.

UN ACADÉMICO.

---

## MEDITACION

---

Yo vi un día nacer á la mañana  
Una rosa lozana  
De hermosura y aroma celestial,  
Y á la tarde la ví mustia y tendida.  
Igual es nuestra vida:  
Flor de un día de un mundo terrenal.

Veo nubes que cruzan en su vuelo  
Los ámbitos del cielo  
Y se hunden allá en la inmensidad:  
Raudas vuelan cual flecha desprendida.  
Igual es nuestra vida:  
Leve nube que va á la eternidad.

Lo oí también; ¿y qué es un bronco trueno  
 Desprendido del seno  
 De un opaco funéreo nubarrón?  
 Suspiro de natura embravecida.  
 Igual es nuestra vida:  
 Un aliento, un suspiro, una aflicción.

Amarga realidad! rayo sombrío  
 Relumbra en el vacío  
 Cuánto tiempo? un instante y nó quizás;  
 Luz que muere no bien está encendida.  
 Igual es nuestra vida:  
 Relámpago que cruza: nada más.

Qué son los pensamientos é ilusiones?  
 Qué son las ficciones,  
 Los latidos de nuestro corazón?  
 Sombras pintadas, realidad mentida.  
 Igual es nuestra vida:  
 Pensamiento fugaz; una ilusión.

R. O. E.

---

### DICHOS MEMORABLES DE LA ANTIGÜEDAD.

48. ANYTO. Alcibiades, que había comido en casa de Anyto, hombre riquísimo, dió orden de que llevaran á su casa la mitad de la vajilla de plata que había en un aparador y la regaló á su amigo Trassylo. Uno de los comensales, cuando Alcibiades hubo partido, le trató de ladrón, y Anyto le replicó:—No por cierto, antes bien dí que ha obrado como excelente persona, ya que pudiendo tomarlo todo, se ha contentado con la mitad de la vajilla.

(*Atheu. Deypn. XII, 47.*)

\* \*

49. APELES. Su constancia en el trabajo dió origen al conocido proverbio:—*Nulla dies sine linea.*

\* \*

50. APELES. Un mal pintor le enseñó un cuadro que acababa de terminar, enorgulleciéndose de haberlo concluido en pocos días:—Bien claro se ve, le dijo el gran pintor, pero lo que á mí me estraña es, que no hayas pintado más cuadros como éste en el mismo espacio de tiempo.

(*Plut. De lit. educ. 9.*)

Recogidos por A. M.<sup>a</sup> de F. y de B.